

*lier infantem suum?* (Is. XLIX, 15). ¿Cómo queréis que Ella nos deje solos y abandonados, en los momentos que necesita nos más de su ayuda? En las últimas horas que pasamos en la tierra, hasta el instante mismo de morir, nuestra desolada familia rodea el funerario lecho, nuestros amigos nos prodigan sus cuidados, y el sacerdote los consuelos de la religión; los Santos Sacramentos de la Iglesia fortalecen nuestro espíritu para emprender el viaje de la eternidad; las almas verdaderamente cristianas piden á Dios por nosotros, en su casa ó en el templo, suplicándole que por su divina misericordia endulce nuestra agonía. Y en esta reunión de amigos, de parientes y de personas caritativas, ¿podrá echarse de menos á la que es más que todos ellos para nosotros, á la que es nuestra Madre y á la que invocamos con el título de Nuestra Señora de la Buena Muerte? *Ora pro nobis nunc et in hora mortis nostræ.* De ningún modo, H. M. La Madre de misericordia no abandona jamás á su Hijo, y mucho menos cuando va á morir. ¿Cómo le abandonará después de muerto; es decir, cómo abandonará su alma, cuando ya no tiene amigos ni familia que le den consuelo, ni sacerdote que la aliente; cuando, al salir de la tierra, atraviesa sola y atribulada los desconocidos senderos de la eternidad?

Dice la Escritura que, llevando Agar á su hijo en los brazos por medio del desierto, un día se puso á llorar con amarga desesperación, porque no tenía agua con que apagar la sed del pobre niño; y colocándolo entonces al pié de un árbol, volvió á otro lado el rostro para no verle morir. Pero María, nuestra dulce Madre, es más dichosa y tiene un poder mucho más grande que el de Agar, pues todo la obedece en el desierto inmenso que separa este mundo del otro, y no puede faltarle ni el agua ni el pan para el hijo que lleva en sus brazos. Vos, Madre mía, no tendréis que volver el rostro por no verle morir, sinó que le conduciréis sano y salvo al monte Horeb, donde verá á Dios, y éste le dejará acercarse á su trono y le dispensará misericordia.

María, la Madre por excelencia, ¿abandonó un punto á su Divino Hijo, durante su vida terrenal? ¿No estuvo siempre á su lado en los instantes supremos? Cuando Herodes amenazaba su vida, huyó con él á Egipto, llevándole en sus brazos. Mientras debía permanecer en la soledad, vivió á su lado por espacio de treinta años en la oscura morada de Nazareth. Al empezar sus evangélicas excursiones, recorriendo las ciudades y los pueblos de Judea para anunciar la buena nueva á sus habitantes, María le sigue acompañada de las santas mujeres. Cuando se dirige á Jerusalén, porque llega la hora de apurar el cáliz de su Pasión, su divina Madre sigue sus pasos más afectuosa que nunca. Al conducirlo al Calvario, María sube en pos de él; permanece luego al pié de la cruz, asiste á su agonía, escucha su último suspiro, recibe en sus brazos el sagrado cuerpo, y lo lleva con José de Arimatea hasta el sepulcro abierto en la roca, donde había de verificarse su resurrección. Su amor maternal es siempre el mismo, hasta

que todo queda consumado y se cumple enteramente su alto ministerio. ¡Oh cristianos, hijos de María, vosotros, los hijos de sus dolores, á quienes ella adoptó, entre las angustias de aquel día supremo, en el Calvario, pensad que siempre tendréis su esmerada asistencia en todas las circunstancias de vuestra vida! Al nacer, os adopta y bendice; durante vuestra peregrinación, os ayuda y protege; si os extraviáis, como el hijo pródigo, ella os vuelve á la casa paterna; á la hora de la muerte, la tenéis á vuestro lado, y después os prepara la resurrección en el sepulcro nuevo en que os deposita; y ese sepulcro no es de piedra ni de madera; ese sepulcro es la eternidad. Al llegar á ella, os toma en sus maternales brazos, os lleva hasta las gradas del trono de Jesucristo, y allí pide gracia para vosotros, como si fuera para ella misma: *Dona mihi animam meam, pro qua rogo* (Esther. VII, 3), acabando así la obra de vuestra salvación, con tanto empeño comenzada en el día de vuestro nacimiento. Sí, María; Vos sois, Señora, la Madre de la vida: *Mater vitæ*, (S. Andr. Cret., *Hom. 2, de Assumpt.*) y no queréis que mueran vuestros hijos de muerte eterna. Vos sois la Madre de los huérfanos: *Mater orphanorum*: (S. Bonav., *in Litan.*), y no los abandonaréis jamás en la hora suprema. Vos sois la Madre de la Santa Esperanza: *Mater sanctæ spei*. (Eccli. XXIV, 24), y no podéis menos de concederla en los momentos en que está tan próxima á faltar. Vos sois la Madre amorosa, benigna, tierna y misericordiosa: *Mater benignissima et misericors*. (S. Bernar., *Serm. de Aquæd.*), y Vos, en fin, nos fortalecéis y nos consoláis, empleando con nosotros el lenguaje compasivo de la clemencia, cuando nos amenaza la justicia severa é inexorable: *Lex clementia in lingua ejus* (Prov. XXXI, 26). ¡Oh María, Reina y Señora nuestra, de todo corazón os suplicamos que os dignéis favorecernos en la hora de nuestro juicio, que seáis nuestra abogada compasiva y poderosa, y que seáis, en fin, más que nunca, nuestra tierna y amorosa Madre!

## PUNTO SEGUNDO.

MEDIOS PARA ASEGURARSE LA PROTECCIÓN DE MARÍA EN EL DÍA DEL JUICIO.

Dos condiciones son absolutamente indispensables para conseguir la protección de la Santísima Virgen en la hora de nuestro juicio: 1.<sup>a</sup> *Practicar obras de penitencia*; 2.<sup>a</sup> *alcanzar el dón de la perseverancia final*.

La misericordia de María, M. A. H., no puede tener por objeto el favorecer nuestra impenitencia. De acuerdo siempre con la justicia divina, exige, para ser eficaz, la reparación de nuestras culpas. Nada manchado entrará en el Cielo: *Non intrabit in eam nihil coinquinatum*. (Apoc., XXI, 27). El que persevera en su iniquidad, aglomerará sobre su cabeza la ira del Señor para el terrible día de su juicio: *Thesaurizas*

*tibi iram in die iræ.* (P. Rom., II, 5). La Santísima Virgen, lejos de prestar su apoyo al pecador obstinado, que se atreve á presentarse ante el tribunal de Dios, cubierto de la asquerosa lepra del crimen, apartará de él el rostro, al ver que ha rogado, que ha intercedido por él, durante su vida, buscándolo como su Divino Hijo á la oveja extraviada, que lo ha llamado una y otra vez y alcanzándole numerosas gracias de conversión; pero todo en vano, porque el blasfemo ha respondido con audacia: *Non serviam.* (Jerem., II, 20); no quiero; no obedeceré á Dios, ni le serviré; lo que quiero, ante todo, es hacer mi voluntad, satisfacer mis pasiones y seguir mis instintos con libertad completa. La religión me impone trabas, yo las quebranto; la ley de Cristo es un yugo para mí, yo la desecho: *Non serviam.*

¡Oh bondadosa y tierna Madre! Vos habéis llorado por esas horribles blasfemias y aún habéis pedido gracia para la muerte de ese pecador endurecido, mientras él ha rechazado la divina misericordia, cerrándose todo camino de perdón.

Pero dejemos á esos empedernidos pecadores bajar al abismo abierto por su perversidad: no es de éstos de quienes María es la abogada. La Santísima Virgen es la Madre de los pecadores que quieren convertirse sinceramente. Tal es la doctrina de la Iglesia y de los Santos Padres. Cuando un pecador llega á arrojarse á los piés de esta Madre amorosa, con el firme propósito de mudar de vida, siempre la encuentra llena de ternura. ¿Qué debe hacer el que aspira á ser hijo de María y á merecer su protección constante, sobre todo en el Tribunal Divino? Debe, primera y principalmente, dejar el pecado. Debe levantarse del modo que dice la Sagrada Escritura: *Surrexerunt filii ejus,* y salir del estado de culpa, porque no merece llamarse hijo de tan Santa Madre el que está encenagado en el vicio. ¿Quiénes son, pues, los hijos de María? Los que imitan su castidad, su humildad, su mansedumbre, y su misericordia. ¿Cómo se atreverá á llamarse hijo de María el que la ofende con su criminal conducta? ¿Cómo esperar que sea la protectora y abogada ante su Hijo, del que menosprecia su santa ley y persevera en el pecado?

¡Oh vosotros, los que queréis á la hora de la muerte encontrar en María un refugio y un amparo, considerad el estado de vuestra alma: *Reddite prævaricatores ad cor.* (Is., XLVI, 8); cubríos de cilicios, gemid y llorad: *Accingite vos ciliciis, plangite et ululate.* (Jerem., IV, 8); convertíos y haced penitencia por vuestras iniquidades: *Convertimini et agite pœnitentiam ab omnibus iniquitatibus vestris.* (Ezech., XVIII, 30). ¡Ah! entonces y sólo entonces, podéis llegar con alguna confianza hasta el trono en que Dios se sienta para juzgaros; entonces aquel trono de inexorable justicia, que con tanta razón habéis temido, se convertirá para vosotros en un trono de gracia y de misericordia: *Adeamus cum fiducia ad thronum gratiæ, ut misericordiam consequamur.* (Hebr., IV, 16), que se os concederá por la intercesión de María nuestra Madre.

¡Feliz, H. M., aquel á quien Dios concede el dón inestimable de

la perseverancia final; su muerte será dulce y su juicio exento de rigor! Dichoso el que ha sabido amar y servir á Dios durante toda su vida, y si por desgracia ha incurrido en algún pecado, pidió al punto su perdón con amargas lágrimas, hasta alcanzar misericordia. Este, perseverando hasta el fin, aseguró su salvación: *Qui perseveraverit usque in finem, hic salvus erit.* (Math., XXIV, 13). Hé aquí, M. A. H., al que Dios bendice, al que la Santísima Virgen protege, al que presenta al Tribunal del Supremo Juez, calmando sus temores, y al que conduce triunfante á la Corte Celestial.

Pero este dón de la perseverancia final es un dón enteramente de gracia, que nunca podremos conseguir por nuestros propios merecimientos. San Agustín dice que para obtenerlo, es necesario pedirlo, y Suárez añade que debemos pedirlo diariamente para que diariamente se nos conceda. Y como, según la opinión general de los teólogos, todas las gracias que recibimos de Dios pasan por las manos de María, pidiendo por medio de ella el dón de la perseverancia final, es el modo más seguro de alcanzarlo. Esta amorosa y tierna Madre lo promete á cuantos de veras la sirven: *Qui operantur in me, non peccabunt; qui elucidant me, vitam æternam habebunt.* (Eccli., XXIV, 31). Según el bellísimo comentario del gran Papa Inocencio III, María es llamada: *Luna in nocte, aurora in diluculo, sol in die;* luna, para el que se halla en la noche del pecado, á fin de que á su claridad vea su estado miserable; aurora, es decir, mensajera del sol, para el que, iluminado ya, necesita fuerzas para llegar á la gracia; sol, en fin, para el que está firme en la gracia, porque su luz le impedirá caer en algún precipicio. Este es, M. A. H., el sol de la perseverancia final, que nos ilumina hasta las tenebrosas puertas de la tumba, que nos sirve de lumbrera al través de las sombrías regiones de la muerte, y que derrama á torrentes su copiosa luz para alumbrar nuestro camino en el momento en que comienza para el impenitente la eterna noche que sigue á la sentencia formidable del juicio.

Los Santos Doctores aplican á María estas palabras del Eclesiástico: Sus vínculos son vínculos de salud: *Vincula illius, alligatura salutis.* (Eccli., VI, 31). ¿Y cuáles son estos vínculos, dice San Lorenzo Justiniano, sinó los que le sirven para encadenar á sus siervos, á fin de que no corran á extraviarse en los campos de la licencia? San Buenaventura da una explicación muy semejante á estas otras palabras: *In plenitudine sanctorum detentio mea* (Id., XXIV, 16); no sólo, dice, posee María la caridad en toda su plenitud, sinó que es la que conserva en ella á los Santos. ¡Cuán dulces son, H. M., las cadenas con que María, nuestra amorosa Madre, nos sujeta al servicio de Dios! Supliquémosle que nos amarre con ellas tan fuertemente que no podamos romperlas jamás: *Vincula illius, alligatura salutis.* Pidámosle este favor con San Felipe Neri, que no cesaba de repetir á los que le escuchaban: «Hijos míos, si queréis obtener el dón de la perseverancia, sed devotos de María.»

Sí, Madre de nuestro Dios, nosotros seremos tus devotos; Reina y

Señora nuestra, nosotros seremos tus siervos; Madre tiernísima y misericordiosa, nosotros seremos tus hijos, los hijos de tu amor, los hijos de tu piedad, los hijos de tus súplicas, en favor de nuestras pobres almas que, aunque purificadas y arrepentidas, temblarán, sin embargo, delante del que encuentra manchas en el sol é imperfecciones en sus Angeles y en su Santos. ¡Oh piadosa Abogada nuestra! ya llega la hora, no nos abandones: *Eja ergo advocata nostra*. Vamos á dejar para siempre este mundo y á dar el último adiós á la familia, á los amigos, que no podrán acompañarnos más que hasta el borde de la tumba. Ellos cubrirán con la mortaja nuestros helados miembros, mandarán abrir nuestra sepultura, devolverán á la tierra lo que le pertenece y tornarán luego á la casa mortuoria para repartir los bienes que hayamos dejado: es cuanto pueden hacer por los que ya no existen; pero nada más. Nosotros, sin embargo, les podemos decir: Id en buen hora, porque no estoy solo. ¿No veis á la poderosa Reina de otro mundo que viene hacia mí sentada sobre una nube? ¡Dios te salve, escala misteriosa del Cielo, por donde Dios se dignó bajar hasta mí, y por donde yo subo hacia El! *Scala per quam descendit Deus, sed ascendit homo!* (Joan. Geom., in Cant.) ¡Salve, oh puente celestial, por donde pasan los hombres de la muerte á la vida: *Pons traducens omnes de morte ad vitam!* (Himn. græc.). Salve, puerta del Cielo, *Fanua cæli!* (Ecclesia, in Himn.; S. Ildeph., *Serm. de Assumpt.*) Déjame subir sobre tu carro de fuego, oh Soberana mía: *Currus Verbi igneus* (Buteon., Himn. græc.), y atravesando en él los espacios con la celeridad del relámpago, llegaré sostenido por ti hasta las gradas del Trono de tu Divino Hijo! Allí, al verme cubierto con el escudo de tu misericordia, el Señor te dirá: Presenta tu súplica, oh Madre mía, porque nada puedo negarte: *Pete Mater mea, neque enim fas est ut advertam faciem tuam* (III Reg. II, 20). Entonces, puesta de pié, como en el día del Calvario, y sin conmoverte más por los clamores de las potencias del abismo, que por las voces de los verdugos y de la multitud que en aquella hora te rodeaban, le responderás: Este es uno de los que han lavado sus vestiduras con la sangre del Cordero: *Beati qui lavant stolæ suas in sanguine Agni.* (Apoc., XXII, 14); éste tiene derecho al árbol de la vida, y merece entrar en la ciudad por las puertas: *Ut sit potestas eorum in ligno vitæ et per portas intrent in civitatem.* (Id., Ibid.). Este es uno de los que me diste por hijos desde la Cruz; es un hijo de mi dolor: *Benoni, id est, filius doloris mei.* (GEN., XXXV, 18). Manda que pongan una corona sobre su cabeza y una palma en sus manos; que le coloquen en medio de los Santos y que haya en el Cielo una grande alegría.

El Salvador dirá entonces á su Madre: «Hágase conforme lo pides: *Detur petitio tua.*» (Esther, VII, 2); y la eterna bienaventuranza le será abierta. Hé aquí, M. A. H., cuál será el juicio de los devotos de María, juicio que no puede ser más benigno ni más favorable, y es el que á todos os deseo. Amén.

C. MARTÍN.

## DISCURSO

PARA EL DÍA 29 DE MAYO.

### NUESTRA SEÑORA DEL AUXILIO DE LAS ALMAS DEL PURGATORIO.

PLAN.

**PUNTO PRIMERO.**—La Santísima Virgen lleva socorros á las almas del purgatorio.

SUBDIVISIONES.—Testimonios: 1. De la Escritura.—2. De la tradición.—3. De algunas revelaciones especiales.

**PUNTO SEGUNDO.**—Medios para asegurar á las almas del purgatorio el sufragio de la Santísima Virgen

SUBDIVISIONES.—1. Confianza en su misericordia.—2. Invocación de esta misericordia.

*Et misericordia ejus... timentibus eum.*  
Y su misericordia... sobre los que le temen.  
(Luc., I, 50.)

EN este día, M. A. H., voy á conducirlos, iluminados por la antorcha de la fé, á uno de los abismos donde se ejerce la justicia divina. De estos abismos existen dos: el uno es el *infierno*, horrible lago de encendidas llamas, sin orillas ni fondo, en que sólo se escucha el eterno llanto de la desesperación; donde se baja, dejando toda esperanza á la puerta, y de donde jamás es dado salir; el otro es el *purgatorio*, lugar de purificación para las almas que han llevado alguna mancha al divino juicio.

Hay cristianos que no temen más que al primero, y que miran sin espanto al segundo. Error, H. M., gravísimo y lamentable error; porque, si bien las penas del purgatorio tienen un término, son por otra parte excesivamente rigorosas, porque es el fuego el que las constituye, á semejanza de las del infierno; y este fuego, dice San Agustín, acarreará tormentos mucho mayores que los que pueden experimentar en esta vida: *Gravior erit ille ignis, quam quidquid homo potest pati in hac vita.* (In Ps., 37). «Señor, exclamaba el venerable Beda, no me castigues en tu cólera; porque esa corrección será más dura que los dolores de todos los mártires y superior á cuanto podemos imaginar: *Domine, ne in ira tua corripias me; gravior est illa correctio quam unquam passi sunt... sancti martires, vel quidquid gravius ex-*